

## UNA JUSTIFICACIÓN PROBABLEMENTE INNECESARIA

Desde que el hombre es hombre, no ha podido dejar de pensar en algo que excede al pensamiento y que al pensamiento se le escapa.

Todas las teorías científicas, las formulaciones matemáticas, las doctrinas y sistemas filosóficos apenas han afectado los sentimientos humanos con respecto al misterio que nos rodea, ese que se nos pega a los huesos nada más nacer y que vamos alimentando con la experiencia de la muerte, la nuestra imaginada y la de los seres que amamos.

Y es que ese “allí donde esté” que en cualquier efemérides o después de un entierro pronuncia mirando al cielo incluso el más agnóstico de los allegados debe de significar algo: un enlace, un lazo irrompible con eso que yo llamo aquí la Gran Oscuridad.

Sin duda ser fiel a esa experiencia de la Gran Oscuridad me parece a mí que hoy pasa inevitablemente por emprender una crítica de la modernidad, una modernidad que se conduce justo por el lado contrario de lo que esa experiencia exige. Algo que ya intenté hacer en otro libro, *El ojo que escucha*, del

que este viene a ser, de alguna manera, quizás una introducción, quizás un complemento. No sé.

El hombre moderno, o como queramos llamarlo, el que aparece después del giro copernicano de Kant, ha proscrito como superstición todo lo que cae fuera de lo racional, lo siempre inalcanzable, lo absolutamente por encima de lo humano. En el fondo, para nosotros, hombres de después de Feuerbach, de después de Nietzsche, creyentes o no, cualquier asunto, cualquier discurso que nos sitúe por encima de lo humano estará siempre bajo sospecha.

Por eso –y por más–, pretender decir algo nuevo, algo personal, sobre un tema que ha generado tantas suspicacias y resistencias, que ha gastado tanto papel y tanta tinta, puede sonar arrogante. Pero a veces cree uno que tiene que arriesgarse a ser tachado de arrogante, de inoportuno, si quiere subir un poco el tono de este parloteo intrascendente que producen la mayoría de los libros y la mayoría de los productos de la industria cultural.

¿Alguien puede vivir sin implorar, sin agradecer –aunque no lo sepa– a un interlocutor que no se deja ver y cuya sombra parece cubrirnos en todo momento? ¿Podemos realmente escapar de ese Dios que no sabemos y que parece esconderse tras una Gran Oscuridad? ¿Hay hombre sin esa otra dimensión que nos hace temer y temblar y que a lo largo de los tiempos y en diversos espacios geográficos ha adquirido nombres y genealogías tan variadas y, al mismo tiempo, tan semejantes?

Posiblemente no. Y aunque sólo sea por reavivar un lenguaje que apunta a lo trascendente y arrebatárselo a los que lo ex-

plotan y ensucian; aunque sólo sea para que no se pierdan del todo esas palabras que un día puedan servirle a alguien para pensar y comprender ese misterio que nos constituye, he escrito este libro.

El estupor original ante una presencia que no se deja conocer, lo que mi asombro entrevé de ese misterio, lo que mis sentimientos y emociones me dicen, he querido traducirlos aquí a argumentos e ideas, y sé cuánta distancia hay entre unos y otros. Probablemente la misma distancia que separa aquella primera explosión de hace millones de años y este cuerpo consciente que responde a mi nombre.

En cualquier caso, he intentado que lo que he escrito quede lejos de cualquier gestión interesada de lo religioso, en el centro de lo que he vivido y de la interpretación que yo –con mi tradición, mi historia, mis condicionantes sociales– he dado a lo que he vivido. Y lo que he escrito –me parece– lo he escrito desde fuera de la filosofía, desde esos límites que a la Razón le resultan intolerables, donde las oposiciones se funden y las palabras balbucean. La filosofía sólo me interesa como preparación, como método para destruir cualquier certeza. Lo que busco está más allá de lo que hoy denominamos filosofía. Lo que busco es esa sabiduría que emana de lo que no se sabe.